

17 demonios

Hoy, a las doce y cinco, Juan de Oaxaca provocará el mayor desastre natural acaecido a manos de los hombres. Sucederá hoy, a las doce y cinco, cuando el sol alcance su cénit sobre el pueblo y Juan de Oaxaca regrese de los campos de caña. Los hechos discurrirán en el siguiente orden: Juan de Oaxaca, sin quitarse el sombrero, arrastrará sus sandalias dentro de la casa, soltará el machete, se aflojará el pantalón y ante el altarcito de su esposa e hijos muertos, se servirá un trago de mezcal. Juan de Oaxaca, a pesar del calor, prenderá una vela y se santiguará. Juan de Oaxaca se quitará el sombrero y caminará, definitivamente, hacia el nuevo aparato de aire acondicionado.

“¿De verdad que lo va a hacer? ¿De verdad Juan de Oaxaca?”, le han rodeado los niños en la plaza. Él, sin contestar, se ha abierto paso. Ha posado sus manos en las cabezas pequeñas y las ha apartado con cuidado hacia los lados. Como si remara. Como si fuera sencillo dejar atrás esas caras alegres. Como si nunca hubiera excavado cinco zanjas, tallado cinco cruces.

Los dos técnicos ultimán los detalles. Han venido en furgoneta desde la capital y no se han equivocado de dirección si en cada cruce han elegido el camino más árido. A las once, han llegado al pueblo y han aparcado. En medio de la polvareda levantada por el motor, se han desperezado, han abierto las puertas traseras del furgón y han entregado los cincuenta kilos de aire acondicionado a Juan de Oaxaca, que apura su trago y se abanica con el sombrero mientras los expertos conectan el tubo de salida.

“¿De verdad que lo va a hacer? ¿De verdad Juan de Oaxaca?”, le pregunta el instalador más joven. No lleva camisa. En su pecho izquierdo se ha tatuado una

virgen y en el derecho, un alacrán. El bien, en el primer cajón junto a las sábanas y el mal, en el último, al fondo, donde anidan las arañas. Juan de Oaxaca nunca pudo ser tan ordenado. Apedreó gorriones, domesticó un milano y disfrutó las dos veces. En 1960, cuando se secó el río y las únicas nubes fueron las del tabaco de los cortadores de caña, se emborrachó y quemó la plantación familiar. Su padre le quemó la espalda con una hebilla. Nada de aquello importa al aprendiz, que con la vehemencia de sus veinte años, le exige que no lo haga. Que no acabe con el mundo ahora que el mundo se ha vuelto una carga ligera para sus músculos. Juan de Oaxaca en quien años y padecimientos sembraron cabello, se peina hacia detrás la melena blanca. Sirve otro trago de aguardiente y se lo ofrece al joven. El muchacho vacía el vaso en su boca y después, igual que en esos palenques donde pelean dos gallos, le escupe el contenido en la cara.

Las arrugas de Juan de Oaxaca tratan de encauzar el líquido, pero el calor se anticipa. Evapora el mezcal y los recuerdos hasta que sólo queda la sal. Se lame los labios. Intenta recrear el sabor de otro cuerpo. El de su esposa. Su risa los días de lluvia que le ceñían la blusa. Todo se fue. Primero el agua y con ella, lo demás. Quedó el cuchillo, el sol y el hambre. La rabia. Los esqueletos de la caña y de los hijos. Quedó, escondida entre los ladrillos, una bolsa con monedas. No hubo noche que Juan de Oaxaca no desenterrara su tesoro para añadir un céntimo. Hasta ese día en que el viento ardiente aplastó un pliego de colores contra sus piernas. Juan de Oaxaca desprendió la hoja de sus pantorrillas y le dio la vuelta. Desde la foto, lo miraba un hombre con sus mismo rasgos. Llevaba una camisa roja de estampados chillones y pantalones blancos. Llevaba una guirnalda al cuello y calzaba mocasines color perla. Gafas oscuras. En su mano derecha, una caipiriña del tamaño de un cáliz. Su otro brazo, apoyado sobre algo blanco y rectangular. No era un ataúd. El hombre sonreía

en una playa. *Puritito mar en casa*, decía la publicidad. Juan de Oaxaca llamó al número de teléfono.

Le tomó nota el técnico más veterano. El mismo que ha empujado fuera al aprendiz de los tatuajes. En su nombre, le pide disculpas por el escupitajo. “Perdónele, es joven e impulsivo”. Juan de Oaxaca acepta las excusas y le invita a tomar asiento en la mesa, ante una bolsa de plástico anudada treinta veces. “Son cosas de la edad”, insiste el hombre de *Instalaciones Zapotecas*. Se acomoda y saca una calculadora del bolsillo de su camisa. Como no puede deshacer los nudos, rasga la bolsa con los dientes. Las monedas se desparraman y con ellas, comienza a formar montoncitos verticales. Teclea. Rasca la libreta con el lápiz. Coloca el último piso en la última torre y apunta la última cifra. “Faltan veinte pesos”, dice. Juan de Oaxaca le señala una moneda que ha caído al suelo aunque no hace amago de agacharse. El experto se arrodilla bajo la mesa, la alcanza y al reincorporarse, justo cuando su cabeza sobrepasa apenas el tablero, desde la exacta perspectiva que tendría un niño de cuatro años, el filo de un machete le acaricia las vértebras.

—Camisa y pantalones —dice Juan de Oaxaca.

El instalador suda. Obedece. Se desnuda mientras su cliente también se desviste sin soltar el cuchillo. Frente a frente, dos hombres en ropa interior.

—Lárguese.

El técnico corre hacia la puerta con las manos vacías. Juan de Oaxaca le obliga a volver y le ayuda a recoger las monedas en la bolsa rota. Tampoco contiene demasiado. Poco más que el sueño de un hombre. Los catorce mil veintitrés pesos que cuesta un aire acondicionado. Una brisa. Un mar. *Puritito mar en casa*. Cuando el instalador ha salido, Juan de Oaxaca se acuclilla ante las prendas ajenas amontonadas en el piso. Sacude la camisa roja de estampados chillones y se la pone. Tras

abotonarla, la alisa sobre su estómago y se inclina para recoger los pantalones blancos que le aprietan un poco. No le sienta mal el uniforme de *Instalaciones Zapotecas*. Sin renunciar a su sombrero ni a su machete, Juan de Oaxaca se asoma a la puerta. Al levantar la cortina, la claridad de las doce le obliga a fruncir los ojos. De cerca, el polvo que se disipa. De lejos, en el camino, el velo sucio que oculta la furgoneta.

Lo peor son esas madres que trenzan sombreros de palma con los rosarios de niños colgados del cuerpo. Los pequeños al pecho, los medianos a la espalda y las cuentas desprendidas que gatean a sus pies. “¿De verdad que lo va a hacer? ¿De verdad Juan de Oaxaca?”, le muestran a sus bebés envueltos en paños como crisálidas. Las mujeres acechan la determinación en su gesto y con la misma energía con que tejían sombreros, amontonan frazadas a la entrada de las casas, desclavan los maderos del tejado y construyen balsas. Ellas son las que luchan y las que al mismo tiempo, comprenden lo irrevocable de lo escrito.

Porque se ha escrito mil veces. Lo han anunciado la tele, los biólogos y la NASA. Lo dijo una hechicera mixteca que leía las entrañas de los venados. Un día, un hombre encenderá su nuevo aparato de aire acondicionado y el vaso se desbordará. Los hechos discurrirán en el siguiente orden: ese hombre vestirá una camisa roja estampada y girará sobre sus talones. Sin quitarse el sombrero, arrastrará sus sandalias dentro de la casa, soltará el machete, se aflojará el pantalón y ante el altarcito de su esposa e hijos muertos, se servirá un trago de mezcal. Ese hombre, a pesar del calor, prenderá una vela y se santiguará. Ese hombre se quitará el sombrero y caminará, definitivamente, hacia el nuevo aparato de aire acondicionado. Entonces pulsará el botón. Los ventiladores girarán y el cataclismo se pondrá en marcha. Los gases refrigerantes fabricarán la brisa. Diecisiete átomos de cloro, flúor y carbono

ascenderán y culminarán la atmósfera. Diecisiete demonios invisibles cerrarán las puertas del cielo.

Juan de Oaxaca permanece en pie frente a la rejilla del aparato. La brisa artificial lo despeina y él extiende los brazos. Cierra los ojos mientras las masas de hielo se derriten, los osos hambrientos se devoran y cuando la tierra congelada se transforma en fango, los bosques de tundra se desploman. Juan de Oaxaca escucha el nacimiento de una ola gigante y también los aullidos que la inundación tañe. Los pequeños dramas. Los niños que recogían caracolas y esos amantes entre las dunas arrastrados por la corriente. Un coche de policía derrapa frente a su casa. “¡Salga con las manos en alto!”, gritan. Pero es demasiado tarde. Los hombres pide venganza, los halcones huyen y los camaleones confusos no encuentran el color apropiado. Juan de Oaxaca pulsó el botón y su aire acondicionado expulsó diecisiete átomos. Los diecisiete átomos que han sellado el planeta. Hace calor. Mucho calor. Los polos se funden. Sube el nivel de las aguas. *Puritito mar en casa*. Mírenlo. Ya llega por el horizonte. Las ardillas rampan hacia las copas y los insectos ahondan sus túneles. Son las doce y cinco. El agua ciñe las blusas de las mujeres. El polvo se confunde con la espuma.